

## **CAPÍTULO TERCERO**

### **LUIS DíEZ DEL CORRAL. LA BÚSQUEDA DE UNA SEGURIDAD ESTABLE**

## LUIS DIEZ DEL CORRAL. LA BÚSQUDA DE UNA SEGURIDAD ESTABLE

POR IGNACIO FUENTE COBO

### RESEÑA BIOGRÁFICA

Luis Díez del Corral y Pedruzo nació en Logroño el 5 de agosto de 1911. Autor prolífico, su obra comprende una veintena de libros y más de 200 monografías y artículos, que abarcan la historia del pensamiento occidental y español desde la Antigüedad clásica a la historia del liberalismo del siglo XIX. Sus libros han sido traducidos al inglés, francés, alemán, holandés, italiano y japonés.

Su inquietud intelectual le ha llevado a explorar muy diversos campos, si bien presenta una especial predilección por dos periodos históricos determinados: la época del liberalismo decimonónico y, mirando hacia atrás, por el experimento político que supuso la monarquía hispánica del XVII. Entre sus muchos libros, cabe destacar: *“El liberalismo doctrinario”*, *“El rapto de Europa”*, *“Velazquez, Felipe IV y la Monarquía”*, *“Velázquez, la Monarquía e Italia”*, *“La Monarquía hispánica en el pensamiento político europeo”* y *“El pensamiento político de Tocqueville”*.

Viajero empedernido, en su libro *“Del Nuevo al Viejo Mundo”* se define como, *“un viajero que tiene el pliegue profesional del historiador”*. Sus capítulos sobre Potosí, *“el primer Far-West del mundo”* y Bolivia, son excepcionales transmitiendo una imagen viva de lo que fue un Virreinato en el que *“teología, minería e imperio”* se encontraban íntimamente ligados. Sus páginas sobre la utopía de la *“Ciudad del Sol”* de Campanella, reflejada en la bellísima ciudad claustral de Quito, el esplendor barroco de

la Nueva España y la diferencia entre la tres Américas —la hispana, la anglosajona y la portuguesa— resultan hoy en día, paginas excepcionales para conocer la propia historia de España a través de la compleja y eficaz relación con el Nuevo Mundo.

Perteneció a una generación formada en la legendaria Facultad de Filosofía de principios de los años 30 que dirigía como decano D. Manuel García Morente. Disfrutó de grandes maestros como Castillejo y García Posada en Derecho, o García Morente, Zubiri y Ortega y Gasset, en Filosofía. Excelente estudiante, fue becado por la Junta de Ampliación de Estudios para estudiar en las universidades de Berlín y Friburgo durante dos semestre en los años 1934 y 1935. Asiste a las lecciones de Hartmann y de Carl Schmitt y conecta con la corriente historiográfica de Meinecke, aunque este ya no explicaba en la Universidad de Berlín por problemas con las autoridades alemanas. Años más tarde publicará sobre el mismo un estudio preliminar de su obra *“La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna”* (1959).

A la temprana edad de veinticuatro años ingresó por oposición, en 1936, poco antes de estallar la Guerra Civil, en el Cuerpo de Letrados del Consejo de Estado, al que perteneció hasta su jubilación.

Estimulado por Ortega, dedicó buena parte de su vida a investigar el liberalismo doctrinario, en Francia y en España, siendo su autor predilecto Tocqueville. Sentía una especial admiración por el reinado de Luis Felipe (1830-48), y intuía que si la libertad política había tardado cuarenta y un años en establecerse definitivamente en Francia desde el comienzo de la Revolución de 1789, un proceso semejante, de lenta maduración, podría estar ocurriendo en la España preconstitucional en la que el vivía.

En 1947 ganó por oposición la cátedra de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas, en la recién creada Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, desde donde orientó su trabajo al estudio del pensamiento político, integrándolo en una amplia visión histórica. También ejerció su magisterio, hasta su jubilación en 1982, a generaciones de universitarios españoles que aprendieron con él a leer y comprender autores españoles y extranjeros de difícil acceso fuera de aquel particular entorno intelectual que él supo crear a su alrededor.

Sus méritos fueron reconocidos públicamente con su elección sucesiva en tres Reales Academias: la de Ciencias Morales y Políticas en 1965, la de la Historia en 1973 y la de Bellas Artes de San Fernando en 1977. En

1980 fue investido Doctor Honoris Causa por la Universidad de la Sorbona. Desde 1966 fue gobernador de la *Fondation Européenne de la Culture* con sede en Amsterdam y miembro de su Comisión Cultural.

A lo largo de su vida le han sido concedidas condecoraciones y honores por universidades e instituciones culturales extranjeras y españolas: desde la Legión de Honor, concedida por el Gobierno francés en 1955 en reconocimiento de sus actividades para estrechar las relaciones Francia y España, hasta la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio y otras prestigiosas condecoraciones en España.

La calidad literaria de su prolífica obra le hicieron acreedor tempranamente, en 1942, del Premio Nacional de Literatura —por su obra *Mallorca*—; del Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales en 1988 y, en 1996, del Internacional Menéndez Pelayo. Fue vocal del Consejo Rector de Estudios Constitucionales y llegó a ocupar la consejería cultural de la Embajada de España en París.

Algunos rasgos de la vida y obra de Díez del Corral parecen especialmente relevantes.

El primero, su extensa formación jurídica, histórica y filosófica, al amparo de una fuerte tradición humanista y de una sólida y amplia base cultural. De ella se deriva de una manera casi espontánea su rigor intelectual, su veracidad, su amor al trabajo metódico, escrupuloso, impecable, con fidelidad a los datos, sin intención de manipularlos ni utilizarlos con un propósito determinado y arbitrario.

El segundo, la amplitud con que contempla los fenómenos sociales e históricos, al tener en cuenta que aquello que investigaba no se podía entender sino dentro del escenario real en que se producía. A la influencia de Ortega atribuye el carácter de su metodología histórica, de su sensibilidad para acercarse al fenómeno del pensamiento desde la propia realidad histórica.

Por eso sus estudios del pensamiento político lo llevan irremediablemente al análisis de la historia con toda su inmensa complejidad. No se puede comprender las ideas como realidades complejas si se las simplifica, se las saca de su contexto histórico y se las reduce a fragmentos de ellas mismas.

A los anteriores podríamos añadir su permanente interés por España. Fiel discípulo de los maestros de la generación del noventa y ocho, com-

partía con ellos una visión europea, inseparable de España. En su obra, la contempla siempre allí donde está: en Europa. De ahí que rechace la idea “provinciana” de “entrar” en la misma, por la sencilla razón de que en ella ha estado desde su nacimiento y ha contribuido decisivamente a hacerla. Toda su obra refleja la profunda preocupación que sentía por insertar el proceso histórico español en el ámbito europeo, de acabar con el absurdo provincianismo en el que intelectualmente se había caído en aquellos años de pretendida autarquía. Por ello, autores como Julián María sitúan su obra “en la mejor tradición que se inicia con la generación del 98, ejemplificada egregiamente en Menéndez Pidal y que tiene un antecedente ilustre en Juan Valera” (1).

Luis Díez del Corral murió en Madrid el 6 de abril de 1998.

## **LA SEGURIDAD DE EUROPA: DE LA EXPANSION AL ARREBATAMIENTO**

El primero de los grandes problemas que aborda Díez del Corral a la hora de exponer su pensamiento sobre los conceptos de la paz y de la seguridad, es el del destino que ha corrido el continente europeo durante el segundo tercio del siglo XX, que se prolonga “sin que se esfuerce seriamente por librarse de él” en su último tercio. La tesis principal que defiende en sus obras “*El rapto de Europa*”, “*Una interpretación histórica de nuestro tiempo*” (1954) y “*Perspectivas de una Europa raptada*” (1974) es la de que la cultura europea se ha visto sometida a un intenso proceso de expropiación acompañada de un proceso interno de “alienación”, entendiéndose este término unas veces como la enajenación mental que han sufrido las clases dirigentes e incluso pueblos enteros —“*Europa se arrebatada*”— y otras, la expatriación, mas o menos espontánea, de las elites europeas —“*Europa es arrebatada*”—. Para ello se sirve de una de las leyendas griegas más famosas y populares, la del rapto por Zeus de la doncella siria que da nombre a nuestro continente. El problema estriba en que esta mutación súbita de la mentalidad propia de los pueblos europeos o del equilibrio mundial se ha producido, de una manera casi imperceptible, en el lapso de unos pocos años. De ahí que pocos europeos hayan sido capaces de llegar a entender cómo una Europa que gozaba, desde hacia varios siglos, de la preeminencia mundial iba a perderla irremisiblemente en beneficio de otros pueblos extraeuropeos.

---

(1) Publicado en el diario ABC de Madrid, el 16 de abril de 1998.

## Expropiadores y expropiados

Para Díez del Corral, el lugar donde se ha producido el rapto de los valores de la civilización europea con mayor intensidad ha sido en el Japón. Ello ha sido posible porque, a diferencia de lo ocurrido en China donde la oferta de los saberes occidentales fue desdeñada por la mayor parte de sus *“burócratas satisfechos con el estable sistema político y social en el que vivían”*, el Japón mantuvo desde el primer momento una difícil pero meritoria conexión con la ciencia y tecnologías occidentales. El uso de la fuerza por el Comodoro Perry más que abrir sus puertas, lo que hizo fue precipitar con la ayuda de las fuerzas indígenas una apertura inevitable al exterior, de manera que esta se produjo en el momento más propicio.

No obstante, los principales beneficiados de este rápido y aparentemente incomprensible proceso han sido claramente los pueblos anglosajones ultramarinos. En este punto Díez del Corral se alinea con los planteamientos de Max Weber al afirmar que *“el imperio mundial de América era inevitable como en la antigüedad el de Roma tras la guerra púnica”*. Lo que yace detrás de esta inevitabilidad, de esta inercia histórica que ha llegado a obnubilar la mente de los europeos es un intenso deseo de seguridad, de evitar la repetición de ese vacío internacional que se produjo durante el periodo de entreguerras en el que los Estados Unidos no quisieron aceptar su destino de potencia mundial y que produjo la aparición inesperada de la Alemania de Hitler.

La consecuencia de este fenómeno que los buenos pensadores, que soñaban con que la Alemania vencida en Versalles seguiría los pasos de la Alemania de Kant y de Goethe, no fueron capaces de pronosticar, fue una *“conciencia de osado protagonismo”* que se concretó en el III Reich. Espoleada por ambiciones, deseos de venganza y afanes vitales, Europa terminó desencadenando una guerra que concluiría en lo que más temía Weber, un imperio mundial compartido por Norteamérica y Rusia.

Por ello, solo la búsqueda de ese afán de seguridad, de evitar la repetición de un fenómeno indeseable, de consecuencias tan funestas para Europa como fueron las guerras mundiales, ha permitido a los europeos aceptar la supremacía externa a sabiendas de que, al igual que pasó con la Alemania anterior a la reunificación, aceptando el dominio extranjero, Europa podría seguir siendo un gran pueblo cultural. Además, el dominio mundial de los anglosajones, ha permitido conjurar el peligro —es un triste consuelo que queda a los europeos— del *“látigo ruso”*.

## La función utilitaria de las guerras de expansión

En el contexto histórico del expansionismo de los valores europeos, la guerra entendida como el empleo de la fuerza o la amenaza de su uso, desempeñó una función utilitaria, si bien contradictoria. Por una parte, en los primeros tiempos de la expansión, la llegada de los navíos ibéricos con su superior armamento y tecnología naval a las aguas del Pacífico impidieron la caída de la Filipinas y otras regiones del Asia suroriental bajo el dominio de los japoneses. Pero por otra, una primaria pero suficiente utilización de las armas de fuego europeas permitió al Japón, en una primera europeización bélica, mantener una independencia celosamente guardada, condición indispensable para, en el momento oportuno de la era Meiji, penetrar más directa y provechosamente en los secretos de la civilización occidental. De esta manera los japoneses pudieron mirar a todos los países de la Europa occidental sin abdicar de su propia personalidad, buscando en la imitación de su forma de vida y de sus técnicas bélicas, un instrumento eficaz para potenciarla en toda su dimensión político-militar.

En otro sentido, referido a las naciones en vías de desarrollo y de un modo preferente a la India Díez del Corral emplea la metáfora del rapto en sentido pasivo, más que activo. La conquista británica, a diferencia de otros invasores como los mongoles que solo habían tocado la epidermis del país, se llevó a cabo destruyendo la civilización hindú, arruinando por completo la civilización original y nivelando todo lo grande y elevado que ofrecía la sociedad indígena. Fue una ocupación violenta que acentuó la miseria que ya existía en el país. También, la ocupación de estos vastos territorios tuvo una vertiente pragmática, de orden tanto político como económico. Las tierras de ultramar incrementaban, sobre todo, el sentido de seguridad de la metrópoli, en tanto que servían de fortalecimiento de esta en su competición con otros países europeos.

El resultado fue procurar a los británicos, y por extensión a otros pueblos europeos, una ilusión belicosa que garantizaba la continuidad de su vida cotidiana, regida por principios prácticos, tras "*una fachada pomposa de brillantes colores*". Fue precisamente la percepción de la disminución creciente de esta sensación de espléndida seguridad la que produjo como reacción frenética, el deseo obsesivo de obtener nuevos territorios. Los imperialistas creían, indica Díez del Corral, que estaban construyendo un imperio permanente.

Hay no obstante, una legitimación histórica de la conquista por la fuerza de nuevos territorios, debida, como ya expresara el gran filósofo de la historia Augusto Comte a la propia dinamicidad del proceso histórico europeo. Los pueblos europeos se habían convertido en *l'élite ou l'avant garde de l'humanité* y la historia universal se había identificado con la propia historia europea. La razón de tal primacía en el orden del espíritu es, como pensaba Hegel, la formulación exclusiva en Europa de un "*esprit positif*", en el que conservando cada nacionalidad su organización temporal separada, pero manteniendo un común poder espiritual "*contribuyeran, bajo la dirección de una clase especulativa homogénea, a una idéntica tarea, con un afán de activo patriotismo europeo, no de un estéril cosmopolitismo*". Este patriotismo europeo constituye la culminación de la historia universal que gira en torno al eje del desarrollo histórico de Europa y es esta acaparación europea de la historia universal la que proporciona al continente una supremacía indiscutible. De esta manera, el reinado de Dios que preconizara S. Agustín como fin de la historia, ha quedado, con Hegel, secularizado en el reinado de la razón, y se realiza en la historia de Europa. La preeminencia de la Europa occidental y cristiana ha dado realidad histórica al reinado divino de la razón.

## Guerra y tecnología

Pero este proceso histórico solo ha sido posible gracias al espectacular avance de la tecnología. Es la evidente superioridad en el desarrollo técnico la que la ha permitido la expansión europea, imponiéndose a los más atrasados pueblos asiáticos y americanos. Al principio, no de una manera lo suficientemente amplia como para imponer su dominación durante el periodo que comprende la ambiciosa empresa de expansión llevada a cabo por portugueses y españoles. De forma irresistible y con consecuencias militares y políticas transcendentales en la ofensiva europea del siglo XIX. En la guerra de Crimea, la técnica bélica de Occidente vencerá pulcramente al coloso ruso porque su anquilosada estructura económica y social se encontraba al nivel del Occidente europeo antes de las Cruzadas. Fenómeno que se repetirá en la Guerra Europea cuando una Rusia débil y con armamento insuficiente acabaría viniéndose abajo ante las homogéneas divisiones alemanas.

Solo cuando las naciones extraeuropeas son capaces de asimilar los avances de occidente, los invasores europeos son derrotados. Así ocurre con Pedro el Grande que derrota en Poltava en 1709 a los invasores sue-



cos empleando su misma táctica, o con los franceses vencidos en 1812 por tropas rusas armadas a la europea.

No obstante, a pesar de estos reveses ocasionales Europa pudo seguir creciendo durante la época de la revolución industrial ampliando en progresión geométrica la ventaja que llevaba a otros pueblos en el orden del ingenio militar. La paradoja se produjo cuando se encontró con la sorpresa de que en la fase más reciente de su evolución histórica *“desembocaba un corto atajo por donde tenían acceso los pueblos atrasados, que en contados años resumían largos periodos de invenciones y esfuerzos europeos”*. Pero este estancamiento europeo no se ha producido como consecuencia de un proceso de decadencia política y militar, sino simplemente porque en los nuevos escenarios geográficos, no sujetos a las limitaciones y restricciones de la complicada organización europea *“las últimas consecuencias de la técnica científica y de la economía racional europea se obtendrían más favorablemente”*.

Esta visión pesimista de la decadencia de Occidente ganará su máxima vigencia como consecuencia de la Gran Guerra cuando parece cobrar vida con todo su patetismo la profecía catastrofista de Nietzsche sobre el mundo burgués europeo. *“Debemos esperar una larga serie de demoliciones, de ruinas, de cataclismos”, “Habrá guerras tales como la tierra aún no las ha visto”, “Europa va a verse pronto envuelta en sombras”*. En este contexto, en el que el futuro se encuentra casi irremediamente determinado, la guerra como fenómeno constituye esencialmente un accidente histórico, una parte de la propia concepción cíclica de la historia, del movimiento cíclico de las civilizaciones que giran en el círculo imparable del nacimiento, la expansión y la muerte.

## **El fenómeno de la guerra en la formación de la conciencia europea**

Vemos, por tanto, que la guerra ha ocupado, para Díez del Corral desde los albores de la historia una función fundamental en la formación de la conciencia europea. Son las grandes migraciones de los pueblos jinetes del segundo milenio A.C. las que *“arrancaron de su estatismo a las viejas culturas del Nilo y Mesopotamia y, activándolas, las hicieron entrar en tensión y chocar unas con otras en un escenario político militar que es por primera vez universal”*. Frente a Oriente donde las culturas son *“el efecto de la superposición de las capas sociales de conquistadores sobre indígenas”*, se contraponen la imagen dinámica de occidente que los grie-

gos fundan. La Pérgamo de Homero conquistada en el siglo XIII por un ejército de aqueos conducidos por un rey de Micenas, proporciona un sentido más profundo y humano a los acontecimientos bélicos, a la propia idea de la guerra. Es el concepto de la epopeya. Las batallas de carros, los sitios de las ciudades, las contiendas entre príncipes, las emigraciones de pueblos precisan, a partir de Grecia, la conciencia superior y distinta de la propia personalidad cultural europea frente a los otros pueblos. Ello no supone la repulsa de otras razas y culturas, el desprecio por Oriente —productos para Díez del Corral del pensamiento de los historiadores puritanos— pues “*el griego no penso en términos de raza, sino de geografía y se encontró siempre, como cantara Esquilo en los Persas, en diálogo vivo con Asia*”.

Por otra parte, es el fenómeno violento y prolongado de las migraciones centrípetas que sufre Europa durante el primer milenio la que produce esa articulación histórico-temporal peculiar de Occidente que es el Medioevo. Desde el año 376 en que penetran los godos en el territorio del Imperio hasta el 955 en que la derrota de los húngaros delante de Augsburgo puso fin a las invasiones asiáticas, las ciudades europeas se vieron sistemáticamente saqueadas por invasores procedentes de los cuatro puntos cardinales. Este fenómeno “*cruel y devastador*” de las invasiones, esta “*völkerwanderung*” originó un corte tajante en la cultura europea, una interrupción decisiva en su conciencia histórica. La consecuencia fue producir una concreta articulación en edades de su historia. La ruptura fundamental entre la Edad Antigua y la Medieval, proporciona a Occidente la libertad imprescindible para, mediante el Renacimiento de la Antigüedad —lo que Sartre llamaba *la reprise intentionnelle du passé par le présent*—, saltar desde ella hacia el futuro. El presente, el pasado y el futuro se encuentran, según Díez del Corral, íntima y dinámicamente implicados en la conciencia histórica del hombre europeo, y es en esta articulación por etapas, producida por convulsiones violentas, por fenómenos belicosos, donde estriba, precisamente, la peculiaridad misma de la conciencia histórica de Occidente.

## **El peso de la geopolítica en la configuración de Europa**

Pero la configuración expansiva y violenta de Europa también tiene un carácter dual contrapuesto: el interior frente al exterior, el mar frente a la tierra. La geopolítica, a la que tan aficionado se muestra Díez del Corral acaso debido a su extensa experiencia viajera, impone sus propias leyes.

Trafalgar fundamenta el monopolio de la misión colonial expansiva por un solo país. Desde entonces, el continente europeo se siente como una tierra estática, en la que la expansión territorial germánica y el correspondiente despertar de la conciencia política de los eslavos, acentúa “*el extremismo del punto de vista terrestre frente al marítimo*”. Las luchas entre los pueblos europeos romperán “*hasta su raíz natural*” la conciencia de una comunidad única y partirán el continente por su mitad, adscribiendo la occidental al mundo insular, la oriental al continental.

La guerra del 14 fue, como pone de manifiesto el geopolítico Mackinder, una guerra de continentales contra insulares. Únicamente, el colapso revolucionario de Rusia transformaría esta visión geográfica tan sencilla. Con la convergencia sobre el centro de Europa, en la Segunda Guerra Mundial —*una guerra insensata*— de la supertalascracia anglosajona y de la superpotencia continental de Rusia, Europa quedó cruel e irremediabilmente escindida por la frontera que la geopolítica de signo marino señalaba como divisoria entre potencias marítimas y terrestres.

A partir de entonces, los centros de poder quedarán situados fuera de la Europa clásica, rompiéndose el tenso equilibrio tradicional sobre el que se había fundamentado la expansión europea.

### **La “ciudad” frente al “campo”**

Pero este fenómeno contradictorio, paradójico y violento también lo refleja Díez del Corral en la dicotomía existente entre las sociedades agrarias y las urbanas, la ciudad y el campo. El imperio romano “*sedentario, urbano, fiado en la ya insuficiente arma de la infantería ciudadana*” sucumbió ante la rebelión del campo, movilizado a caballo por las poblaciones nómadas provista de medios bélicos superiores. La consecuencia será la sociedad medieval campesina jerarquizada y bélica. La ciudades que surjan en este entorno estarán rodeadas por el agro y es este envolvimiento agrario de las urbes el que, a diferencia de lo que ocurría en la antigüedad, modera las fricciones entre ellas y las integra “*de manera orgánica*” en complejos políticos más amplios hasta llegar a las monarquías nacionales. “*Tierra y ciudad en el mundo europeo se encuentran al mismo tiempo grandemente diferenciadas, contrapuestas e implicadas, armonizándose en una unidad político-cultural superior: nacional y europea*”, afirma Díez del Corral.

Este proceso se repetirá igualmente en forma experimental y revolucionaria en los tiempos modernos. Las revoluciones comunistas en China

y Rusia supusieron la victoria bélica de la aldea y el campo sobre la ciudad indígena. La concepción marxista de las mismas permite interpretar esta dicotomía en términos de liberación de los pueblos más atrasados frente al capitalismo imperialista de Europa. El capitalismo europeo se ha transformado —para Lenin— en *“un sistema universal de opresión colonial y de estrangulamiento financiero de la inmensa mayoría de la población terrestre por un puñado de países avanzados”*. Estos se encuentran en una constante disputa y la guerra es el recurso al que acuden para garantizarse un mejor reparto del botín. La guerra del 14 se interpreta, desde esta óptica, en términos dialécticos de *“una lucha de sindicatos de capitalistas alemanes y sus organizaciones accesorias, con sindicatos de capitalistas franceses e ingleses y sus organizaciones accesorias para el control de Africa”*.

Es por ello por lo que, para Díez del Corral, las revoluciones marxistas, al convertirse en un instrumento de revancha, de conflicto, se han transformado en un incentivo para efectuar la propia expropiación de Europa. Pero además, el fenómeno contrario de reacción, de autovacuna frente a esta ideología, ha rebajado el tono vital y el ritmo del quehacer europeo y ha producido —a través de la acción de los partidos comunistas y socialistas de inspiración marxista— que actúan en la Europa en la que vive, un debilitamiento en el vigor del continente. La consecuencia es ese sentimiento de inseguridad, de miedo, de la burguesía actual, que tiembla ante los demagogos y que es incapaz de lo que Gustave Le Bon define como *“esa disciplina severa, esa comunidad de sentimientos hereditarios que son los cimientos de toda sociedad”* y que son necesarios para evitar que continúe ese doble rapto de Europa.

## **Naciones europeas y “Supernaciones”**

Díez del Corral rechaza la tesis de autores como Nietzsche que afirman que los Estados nacionales con su dimensión trascendente, con su sentido misional, son factores de confrontación dado que *“cuando una nación avanza y crece, por fuerza tiene que romper el cinturón que hasta entonces le dio prestancia nacional”*. La nación es para Díez del Corral, por su misma raíz democrática, una obra que conjuga esfuerzos que se integra sin imposición ahogadora. Las naciones europeas no forman compartimentos estancos; no existe entre ellas verdaderos muros, ya que los cuerpos nacionales, por mucho que se perfilen se destacan siempre sobre un fondo común europeo. Será con la revolución francesa cuando se pro-

duzca una conversión del proceso nacional, una “*absolutización de la nación*”, que haga de las relaciones con otros estados algo añadido y causal. El resultado es el nacionalismo irracional que quiebra el estable concierto europeo y marca el dramático comienzo de la autodestrucción del concepto de nación, incluso en su sentido físico. Solo así se puede entender las convulsiones, los estremecimientos y la violencia del siglo XIX.

No obstante, es este un período bifronte en el que junto a los excesos del nacionalismo, la realidad se configura también en la convivencia internacional y en la dinámica de las grandes potencias. Razón de estado, política internacional y nacionalismo más que categorías hostiles se presentan como aspectos que deben compenetrarse. Es la plena conciencia de las limitaciones externas, internacionales y europeas por parte de los nuevos estados que surgen en este siglo —Italia y Alemania— la que permite asegurar la convivencia internacional equilibrada dentro del marco de Europa.

En América, frente al sistema nacionalista europeo surge la unión federativa de los estados, el federalismo propugnado por Hamilton, como fórmula política nueva que busca huir de la historia de occidente, superándola. La razón es eminentemente pragmática y antibelicista. Se basa en la especial orientación de la vida americana hacia los intereses comerciales, porque se entiende que las luchas entre los estados americanos, caso de ser independientes, serían más violentas todavía que en Europa. “*las repúblicas de comerciantes no han sido menos belicosas que los principados autoritarios*” y en la política “*la vecindad o la proximidad convierten a las naciones en enemigas naturales*”, indica Hamilton. Por otra parte, las guerras exigen la formación de ejércitos permanentes y fortalecen el brazo ejecutivo del gobierno haciendo evolucionar las constituciones progresivamente hacia la monarquía. Ello chocaría frontalmente con los fines más esenciales de la vida americana, “*orientada hacia las actividades lucrativas, hacia el desarrollo de la producción y el bienestar en un clima de libertad y concurrencia*” y ello sería obviamente imposible si los estados fuesen independientes.

No obstante, cabe adivinar que es la sensación de seguridad dada por la geografía, la que permite este privilegio organizativo americano. Es la culminación del sueño anglosajón de una existencia política independiente, amparada en una situación de aislamiento en la que pudiera entregarse a la realización de ideales “*paradisíacos, fraternos pacíficos, benefactores, etc*”. En estas circunstancias, con su seguridad garantiza-

da por el vasto foso del Atlántico, la organización política y administrativa del país puede hacerse sin consideraciones externas o prejuicios tradicionales. De esta forma y siguiendo a Tocqueville su constitución federal le permite mantener grandes guerras, sin temor a sentir las consecuencias directamente sobre su territorio. El resultado es el nacionalismo universalista americano, lo que en términos actuales se denomina imperialismo americano: ese sentido mesiánico expansivo de "*pueblo elegido*", obligado a propagar a otras regiones de la tierra "*su benigna influencia*". Esta consideración menospreciadora y compasiva de la corrompida Europa permite superar "*el tenebroso pasado*" que representa aquella, sustituyéndolo por el luminoso futuro de la "*tierra de la razón*". La intervención americana en la Primera Guerra Mundial, con su gran ejército que lucha al lado de los viejos ejércitos europeos representa más que un cambio de ruta, solo una "*breve aventura misional*", decisiva, no obstante, en los campos de batalla.

Este ideal universalista de esta supernación fomentó, además, las tendencias particularistas y disgregadoras del nacionalismo europeo, produciendo una efervescencia de pequeños estados nacionales o pseudonacionales "*levantados apresuradamente sobre la base de románticos libros de historia y de cantos folklóricos*". Igualmente, sirvió de estímulo al desenvolvimiento de los pueblos extraeuropeos que se movilizarán respondiendo a los llamamientos "*de xenofobia y nacionalismo de sus elites europeas*". Este nuevo fenómeno producirá en el caso de Rusia una estructura supranacional semejante, en sus líneas generales a la norteamericana.

No obstante, a pesar de haber quedado, de esta manera, flanqueada la vieja Europa por dos nuevas e inmensas estructuras políticas supranacionales dotadas de ideales universalistas, se entregará irresponsablemente en el mismo siglo y con mayor virulencia si cabe a una nueva contienda bélica nacionalista con tintes raciales, en la que acabarán implicadas las dos grandes potencias "*trituyendo con sus masas colosales, con sus módulos desorbitados, con sus ideologías universalistas la compleja y ponderada estructura nacional europea*".

Es una contienda con tintes, por una parte, revolucionarios, lo que permite disolver la frágil estructura de los estados nacionales de Europa oriental. Por otra, a través del Atlántico, se van a aplicar a Europa una serie de "*categorías bélico-políticas rigurosas, moralistas, incondicionadas, válidas acaso para una guerra civil, pero desconocedoras del complejo meca-*

*nismo de tradiciones, fronteras, formas concretas de poder, rivalidades y hermandades, que venían a ser el mundo de las naciones europeas”.*

Por encima de una Europa en ruinas, convertida en “no man’s land” se elevarán las supernaciones colosales como grandes vencedoras. Pero pronto estas se verán sujetas a una ley bélica inexorable, que las enfrenta en “*un juego dramático de tensiones nacionalistas a la europea*”. Es decir, el enfrentamiento nacionalista en Europa, se va a transformar en un más si cabe dramático enfrentamiento supranacionalista, agravado por las inmensas dimensiones de los rivales, su moral diferente o las nuevas posibilidades que ofrecen los adelantos técnicos. De ahí que la tradicional paz armada europea al subir de tono se convierta en “*guerra fría*” pero eso sí, con los nuevos beligerantes situados fuera del cuerpo articulado, desgarrado y en disputa de la Europa de las naciones. El fenómeno del rapto ha quedado consumado definitivamente con sus caracteres más precisos.

En el horizonte de futuro queda, nos dice Díez del Corral, la esperanza de que la insensatez del hombre no le lleve, en la era nuclear, a preferir el camino funesto de la destrucción total al de la existencia paradisiaca, que le proporcionarán los inventos revolucionarios en materia de energía nuclear y de cibernética. No obstante, no se pueda descartar, que “*la Providencia haya reservado a la humanidad la ingrata tarea de montar con su inteligencia técnica, tras un periodo de existencia paradisiaca, la escenificación terrena del juicio final*”. En todo caso esta escenificación escatológica, este “*soberbio espectáculo cósmico*” sería imputable a la herencia del pensamiento europeo, a “*las ideas impetuosas del Fausto europeo*” y aunque no podemos predecir el resultado final, Europa se asemeja en esta época a un Prometeo encadenado castigado a sufrir por haber robado “*el fuego solar que, manejado por otros pueblos, brilla amenazador en el horizonte*”. Los españoles, termina indicando Díez del Corral, este Fausto superprometeico podemos asemejarlo a nuestro mito nacional novelesco, a nuestro Caballero de la Triste Figura.

## **EL DOCTRINARISMO COMO FORMULA DE COMPROMISO ENTRE LA SEGURIDAD Y LA LIBERTAD**

Un segundo gran capítulo de la obra de Díez del Corral nos lleva al siglo XIX en cuyo análisis centra una buena parte de su atención. Ello es así porque considera a esta centuria como un periodo histórico singular, un momento peculiar en la singladura humana en la que el ser humano ha

sido capaz de desentrañar el mundo de lo histórico y se encuentra perplejo ante el gran número de posibilidades de existencia que se le ofrecen con las que encarar el futuro. Se presenta como un siglo que ofrece un abigarrado panorama de combinaciones de futuro, de distintas formas, proporciones y matices. Algunos pueblos logran en ciertas épocas instaurar un orden seguro y aparentemente estable que es al mismo tiempo un orden de manifiesta libertad. Pero en otros apunta la divergencia, el dramatismo con que tienen que pagar sus exigencias de libertad. Es por tanto una época dual, de tendencias contrapuestas con contenido e intensidad variable, que desgarran con mayor o menor sutileza a los hombres y a las sociedades.

A través del estudio sistemático de esta época busca Díez del Corral recuperar la idea de la tradición liberal española, de empalmar con épocas más abiertas de la historia española lejos de los polos extremos que habían atenazado el pensamiento español, contribuyendo así a poner fin a las luchas fratricidas. De esta manera, a través del estudio del doctrinamiento francés *“siempre teniendo como mira el estudio de lo que podía ser el español”*, sistematiza la idea, para él evidente, de que no puede entenderse la historia de España y el pensamiento político español *“si no se cuenta con una perspectiva mucho más amplia y un horizonte no ya francés sino europeo y más amplio incluso que el europeo”*.

## **El cesarismo napoleónico como garantía de seguridad**

La revolución americana primero y luego la francesa son las que transforman radicalmente las formas de vida occidentales. Sus ideas se han infiltrado de manera inapreciable, ineludible y provechosa y han modificando tan profundamente el mapa político, económico y social de Occidente, que instaurar un orden de seguridad estable y comprensivo resulta una empresa de gran dificultad. De ahí el interés que despierta para un filósofo de la historia como Díez del Corral el movimiento conocido como liberalismo doctrinario, al que considera el principal intento que se produce en ese siglo de encontrar una vía media que conjugase la libertad con las necesarias dosis de seguridad y que terminará fracasando estrepitosamente con los sucesos revolucionarios de 1848.

Inicialmente, la Revolución Francesa, con sus excesos jacobinos que amenazaron seriamente sus conquistas, había demostrado, para Díez del Corral cuan imposible era que *“la libertad se consolidase con la libertad”*,



porque terminaba convirtiéndose en “*anarquía y arbitrariedad tiránica*”. La solución cesarista del sistema napoleónico resultaba indeseable al apoyarse necesariamente en el Ejército y al eliminar la trascendencia del principio de soberanía nacional ejercitado a través del sufragio universal, ya que descansaba en la concentración personal de todos los poderes. Aunque garantizaba aparentemente como contrapartida la seguridad individual lo hacía bajo un principio esencialmente utilitario: mediante una consagración incluso legislativa —Código napoleónico— de la libertad personal y la libre disposición de la propiedad, así como de la igualdad ante la ley. De esta manera, la desaparición de la arbitrariedad debía proporcionar al pueblo la energía necesaria para defender la patria y garantizar su seguridad. Era, pues, un sistema aparentemente estable. Sus intereses son defendidos por el nuevo ejército, hijo de la Revolución, estructurado según principios igualitarios y cubierto de gloria en sus guerras contra los partidarios de la legitimidad.

Pero cuando la estrella del emperador empieza a palidecer tras la retirada de Moscú y la guerra amenaza las antiguas fronteras, este frágil sistema se derrumba, y se hace evidente que, con un régimen cesarista, no había sido posible montar una organización política democrática estable, puesto que se había producido un completo desacuerdo entre aquel y las aspiraciones de las nuevas fuerzas sociales. El fracaso puso de relieve la naturaleza de la autoridad napoleónica y el poder imperial se convirtió para la burguesía dominante en un peso insostenible. Se recupera entonces, apresuradamente, la idea revolucionaria de que la seguridad no se basa en la conquista sino en la libertad. Y es precisamente en la búsqueda del difícil equilibrio entre estos dos términos aparentemente contradictorios, libertad y seguridad, en lo que justifica Díez del Corral su preferencia por los doctrinarios.

### **La alternativa doctrinaria**

Frente al planteamiento anterior, el principio monárquico, la vuelta del príncipe, que postulan los miembros de esta corriente de pensamiento doctrinario, que tanta importancia debía tener en la Francia de la primera mitad del siglo XIX, proporciona al país paz y seguridad ya que permite transformar a la Francia derrotada de odiado enemigo en un aliado más. La paz con los demás estados europeos, la tranquilidad interior, la reconciliación nacional y la vuelta al curso normal de la historia, solo se pueden alcanzar a través de una de las creaciones más “*geniales, perdurables,*

*vitales y acomodaticias*” diseñadas por el ser humano: la monarquía, nacida con Europa. Pero además, si esta es constitucional, permite una participación en la voluntad del estado de las fuerzas sociales, a través de la representación popular, manteniéndose eso sí, la independencia del poder de estado que encarna la figura del rey. Es decir, es por medio de esta fórmula política, en la que el rey constitucional se presenta como protector de los derechos y los intereses de todos, como la sociedad puede lograr compatibilizar la necesaria seguridad del Estado con los deseos de libertad de sus ciudadanos. El monarca proporciona ese necesario sentido de estabilidad, de seguridad, al ejercer su función de supremo moderador, pero no solo en cuanto al juego entre los tres poderes clásicos, sino también en el conjunto de la vida nacional y de su actuación histórica como Estado. Serán los doctrinarios como Roger-Collard, Barante, Serre, Tocqueville y sobre todo Guizot, por los que tanto interés demuestra Díez del Corral, los principales defensores de estas ideas, propugnando una íntima unión entre el derecho monárquico y los llamados derechos nacionales de soberanía y división de poderes.

Por otra parte, el principio de legitimidad monárquica sirve para salvaguardar la integridad territorial de los estados, proporcionándoles una gran dosis de seguridad, ya que ampara a las pequeñas potencias frente a la codicia de las grandes. Los doctrinarios recuperan, de esta manera, la concepción política francesa que se había mantenido desde la época de Luis XI y que hacía basar la seguridad francesa más que en las conquistas, en la existencia de un gran número de vecinos poco poderosos y divididos.

Pero el principio de legitimidad es algo más que un instrumento al servicio de una determinada política exterior. Tras la idea de la legitimidad surge la conciencia de comunidad europea y el sentido de identificación consubstancial con Occidente. Esta idea de Europa como cuerpo constituido por pueblos diversos y a la vez semejantes, por grados de civilización variados y desiguales pero tendentes a un mismo fin es una de las claves recurrentes del pensamiento político de Díez del Corral, que se manifestará prolíficamente a lo largo de su obra. A través de todas las diversidades y de las luchas del mundo moderno europeo, reina una unidad superior y profunda en su vida moral y en la definición de su propio destino.

La libertad se concibe, entonces, no sobre el individualismo propio de la revolución francesa, sino dentro de una concepción orgánica de la

sociedad, de un elemento normativo superior. Los doctrinarios tratan, en este sentido, de superar la tajante contraposición entre individuo y sociedad. Ambos solo existen en íntima y compenetrada armonía. Solo dentro de la vida social se puede encontrar una efectiva libertad, entendida como un don procedente de la propia organización social.

### **Espíritu “civilizador” y espíritu revolucionario**

Esta concepción organicista del orden social se traslada también en forma contradictoria al propio modelo de ejército y a su papel instrumental. Frente al disuelto ejército revolucionario, hostil a la monarquía, se contraponen la milicia, escuela e instrumento privilegiado de la aristocracia. La solución ecléctica se presenta con la creación del ejército nacional en el que concursan de todas las clases sociales, pero teniendo, eso sí, un exquisito cuidado en que no se identifique con el modelo revolucionario. Es un ejército de reclutamiento obligatorio que armoniza el poder público con el militar y se orienta a la defensa de los intereses nacionales. La estabilidad militar se logra haciendo que la formación de cuadros y la promoción de la oficialidad se haga sobre la base del principio igualitario. Solo así puede conseguirse una fusión entre los distintos elementos del ejército, de manera que con el sistema de ascensos y el sistema de reclutamientos se asiente la idea de que el ejército no depende del Rey sino del parlamento, representante último de la nación.

Siguiendo esta línea, los doctrinarios también modifican profundamente la propia concepción de la guerra. Esta se había presentado en la época revolucionaria como una condición indispensable para avanzar en el camino de la revolución, como una *“conmoción necesaria”* para derribar a la monarquía, como una fórmula efectiva de enlazar la política interior con la exterior del Estado. Pero el *“alto grado de calor y pasión colectiva”* que según decía Jaures, solo podía procurar la guerra, dará lugar a una época de conflictos *“más ambiciosos y bárbaros”*, no sólo por los procedimientos usados o por el alcance de los mismos, sino principalmente por la ignorancia en que incurren las leyes que rigen el funcionamiento de la política exterior. Las guerras napoleónicas conmoverán al continente y cambiarán las relaciones entre las fuerzas europeas, rompiendo la política de equilibrio germánico que tan trabajosamente se había mantenido en el continente desde los tiempos de Richelieu. Prusia se instalará sólidamente en el Rin y la semilla revolucionaria precipitará la unificación de Centroeuropa.

Todo el orden de seguridad europea entra a partir de esta época en una fase de equilibrio inestable y son para Díez del Corral los doctrinarios, los hombres dotados de tacto político y sentido de responsabilidad los que intervienen en los momentos críticos para evitar la catástrofe. Opuestos a las políticas belicistas de los primeros gobiernos monárquicos que ven en algunas guerras como la intervención en España en 1823, el campo de experiencia donde demostrar palpablemente la superioridad de los ejércitos monárquicos, los doctrinarios se muestran opuestos a las mismas porque las consideran esencialmente injustas. Frente al espíritu de la revolución debe prevalecer *“el espíritu de la civilización”* que proclama el imperio del derecho en el seno de la paz. La paz es el estado normal de los gobiernos y de las naciones y la guerra un hecho excepcional que tiene que tener un motivo legítimo. Los doctrinarios no admiten el derecho invocado por organizaciones internacionales como la Santa Alianza de intervenir en los asuntos internos de los Estados, sino que proclaman la plena independencia de estos. Mientras los Estados vivan en paz, sus gobiernos están obligados a no hacer nada que pueda perturbar mutuamente su orden interior. Lo mismo que el orden político nacional descansa sobre el libre desenvolvimiento de las fuerzas individuales, el internacional debe basarse en la independencia de los distintos estados dentro del mutuo respeto.

Ello supone ciertamente una mengua de las ilusiones patrióticas de los pueblos, de la avidez de revancha de algunos de ellos, pero únicamente, a través del mantenimiento terco de esta línea de pensamiento tan grata a Díez del Corral, es como la política exterior europea del siglo XIX *“acierta a realizar inteligentemente su cometido, ofreciendo un periodo de cien años de paz y progreso entre las dos grandes series de guerras mundiales, que en muchos aspectos acaso sea único en los fastos del pasado y del porvenir”*.

En definitiva, el liberalismo doctrinario representa una corriente de pensamiento político que trata de hacer frente a la oleada de ideas y de pasiones propias del periodo romántico decimonónico y encauzarlas por una vía regular. Su objetivo es no solo resistir al desorden sino a las ideas que lo producen. Se trata, por tanto, de resolver la difícil ecuación entre libertad y seguridad en términos eclécticos: libertad sí pero de una forma institucional, por medio de un contrapeso de convicciones religiosas o de hábitos morales al excesivo amor a la libertad de las sociedades europeas, al *“fanatismo de la igualdad”* que tanto odio o desprecio ha producido hacia la autoridad. Solo de esta manera se puede alcanzar la idea *“fría y mortecina”* que recoge Donoso desde París, de *“paz en todas partes, paz siempre”*.

Desafortunadamente, parece lamentarse Díez del Corral, los doctrinarios no conseguirán, montar un verdadero orden de seguridad ni arrastrar al país tras de sí en una gran empresa colectiva. Su fracaso en satisfacer las aspiraciones de libertad de la sociedad, en ampliar la base social de la monarquía hasta convertirla en social, impedirá superar el dualismo que había escindido la vida francesa desde la época revolucionaria. El recuerdo de este fracaso se irá alejando en el ambiente de paz, prosperidad y optimismo de la segunda mitad de la centuria. Solo después de la segunda guerra mundial, los historiadores serán capaces de comprender que el pensamiento político de los doctrinarios, “ese grito de terror que salió de los mejores pechos europeos”, de los hombres que lucharon contra lo que preparaba y representaba la revolución, fue el único capaz de anticipar lo que terminaría por ser un amenazador y ya cotidiano porvenir, un siglo XX en el que “*en medio de una Europa satisfecha e ilusionada, sus ciudadanos sintieron de pronto abrirse el suelo bajo sus pies*”.

## **EL MODELO DE SEGURIDAD DE LA MONARQUÍA HISPÁNICA**

Una tercer episodio del pensamiento sobre la paz y la guerra de Díez del Corral lo podemos encontrar en las obras dedicadas a analizar el modelo de seguridad que con carácter universal ofreció durante los siglos XV al XVIII la monarquía multinacional hispánica. Si se detiene Díez del Corral a profundizar en el concepción que sobre la misma tenían pensadores como Maquiavelo, Cuicciardini, Campanella, Montesquieu, o Humboldt, es porque presenta un modelo original y completo de organización social de alcance cuasi-planetario. Se basa en la integración de reinos y tierras dispares bajo la corona de la monarquía católica en un edificio fascinante, construido laboriosamente a través de enlaces matrimoniales y herencias.

Este peculiar modelo orgánico hunde sus raíces y alcanza su explicación histórica más profunda en la península ibérica, en el particular proceso histórico que tuvo lugar en la misma desde épocas remotas. La conquista de la península por la que S. Isidoro consideraba “*la raza pujante de los godos*”, permitió bascular el péndulo de la historia haciéndola inclinar hacia la península. Otra conquista violenta, la de los árabes, provocó el fenómeno de la reconquista, esa formidable acumulación de energía no solo guerrera sino también espiritual que se produjo en este territorio durante los ocho siglos que duro este peculiar fenómeno. Solo la fatalidad

histórica impidió que gracias a la misma *“terminada la reconquista, hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos dedicado a dar cuerpo a nuestros propios ideales”*.

En este sentido, Díez del Corral se hace eco del pensamiento de Gani-vet al indicar esta fatalidad, o más apropiadamente lo que puede definirse como el destino esencial de España que se encuentra caracterizado por dos acontecimientos trascendentales: las carabelas de Colón y el trono imperial. Ellos fueron los que llevaron a España a la dilapidación de sus fuerzas tan trabajosamente acumuladas en los siglos anteriores y a la frustración final de sus propias capacidades. A este proceso histórico Díez del Corral lo denomina un raptó positivo, de donación. Los pioneros ibéricos ensanchan el cristianismo occidental y lo convierten en un árbol capaz de cobijar, bajo el modelo de la monarquía católica, a todas las naciones de la tierra. La energía necesaria para esta empresa la ha tomado de la empresa bélica de la reconquista del *“desafío de la presión siríaca sobre el frente ibérico”*.

Fueron los nuevos descubrimientos los que permitieron dar continuidad temporal y coherencia a territorios separados, asegurando de esta forma, como nunca antes en la historia, la unidad de la monarquía sobre espacios físicos heterogéneos. La aparición de inventos como la brújula y la aplicación de nuevas técnicas de organización política eficaces produce un movimiento de aproximación física y espiritual de las nuevas posesiones de América y de otras regiones del mundo y asegura a la monarquía, lanzada a una expansión planetaria cuya razón es el ímpetu religioso, estar presente en todos los mares y tierras del planeta y potenciar sus energías *“al conjugar las diversas aportaciones de riqueza, hombres, de climas y de temperamentos”*.

## **El Ejército “multinacional” de la monarquía católica**

La guerra también cumple una función muy importante para Díez del Corral en la expansión de la monarquía católica hispánica. Fue la guerra de Granada la escuela donde se formaran los capitanes que harán el imperio, si bien será el genio militar del Gran Capitán, al que tanto admira Maquiavelo, el que producirá el ejército que mantendría la supremacía católica en los campos de batalla durante dos siglos. La adecuada combinación de piqueros y arcabuceros probada con éxito en Ceriñola constituyó la fórmula imbatible frente a la cual no fue capaz de ofrecer una

organización comparable durante esta época ningún otro estado europeo. Representa el triunfo de la acción de ritmo variado y ágil, de la acertada distribución espacial y temporal de las armas, de su acción combinada contra el ataque violento y macizo de la pesada caballería medieval; del postulado defensivo-ofensivo propio de los condottieros que ahora triunfa gracias a las virtudes personales de las tropas y de su jefe que funcionaron de acuerdo con el principio de una división metódica de funciones.

Para ello, era necesario disponer de unas tropas con una gran capacidad de adaptación al terreno, de aguante y de voluntad de dominio, que utilizasen sin prejuicios de casta toda clase de medios. Los españoles, obligados a luchar lejos de su país, sin posibilidad de encontrar una vía fácil de retorno cuando la situación se mostrase difícil, adquirirán la cohesión y el coraje necesaria para soportar las penalidades y privaciones que les imponen el desarrollo de las operaciones, en grado mayor que otros ejércitos. Nunca serán demasiados y en líneas generales oscilarán durante las guerras de la monarquía católica entre el 9 y el 12% (2) del contingente de sus ejércitos, pero constituirán el núcleo fundamental y, frecuentemente, resolutorio de los ejércitos de la monarquía.

Ahora bien, a diferencia de la sociedad sueca de Gustavo Adolfo o de las posteriores prusiana o rusa, no constituía la española una sociedad organizada sistemáticamente para el objetivo del reclutamiento militar. No obstante, España se muestra en esta época como un país de vocación guerrera, capaz de movilizar para llevar a buen término sus empresas bélicas, gentes de los más diversos orígenes. De esta manera, los ejércitos multinacionales del rey católico constituidos desde los tiempos del rey Fernando sobre un núcleo hispánico, presentarán unas características muy favorables para impulsar el objetivo universalista de la monarquía: recursos humanos propios con sólida disciplina moral y militar, buena dirección estratégica y política y mayor sensatez en el empleo del valor personal y de los nuevos medios técnicos, si bien dispondrán con carácter general de una débil sustentación dineraria. Uno de los grandes problemas específicamente militares a los que tendrá que hacer frente recurrentemente la monarquía será el de la penuria de las tropas y la dificultad creciente del poder real para financiarlas, algo que ni siquiera el dinerario procedente de América será suficiente para compensar dado que sus

---

(2) "*La Belgique, l'Espagne et l'Europe*", en *Splendeurs d'Espagne et les villes belges*. Europali 85, pp.21-32.

destinatarios principales serán los países del norte de Europa. Incluso Holanda, el enemigo principal de la Monarquía, fue el país que sacó los mayores beneficios y en este sentido Díez del Corral recalca la paradoja de cómo en el momento en que la fortuna de España se quebró a mediados del siglo XVII la rueda del destino iba a girar simultáneamente en contra de los Países Bajos. Es significativo contemplar cómo los ingleses fueron los principales beneficiarios de esta decadencia en paralelo y ello fue así por que fueron los que mejor entendieron que el comercio que pueden sustentar los metales preciosos procedentes de las indias resulta más ventajoso que la piratería. La fuente del crecimiento de la riqueza británica sería la paz y no la guerra.

No obstante, la integración activa de los componentes nacionales de la monarquía católica en la administración y el ejército convertirá a esta, en afirmación de Campanella, en un *“monstruo con tres cabezas: la de la esencia en Alemania, la de la existencia en España y la del valor en Italia”*. Y será para Díez del Corral este, más que su estructura centralizada, uno de sus grandes problemas de la misma. El gigantismo de una monarquía con tres cabezas europeas y, acaso, una más americana obligará a España a desangrarse de una manera creciente. Pero lo asombroso es el efecto conjunto desde un punto de vista político que, a pesar de la decadencia política, social y económica más evidente a partir del siglo XVII, alcanzó la monarquía gracias a sus inmensos recursos en hombres, temperamentos y capacidades nacionales, así como en razón de sus medios económicos, sus posiciones estratégicas y las posibilidades diplomáticas y militares de que disponía.

Al mismo tiempo este modelo de organización política, social y militar pone de manifiesto la interdependencia que existe entre las políticas interior y exterior propia de la dinámica de los estados. La capacidad de aglomeración característica del proceso de unidad peninsular había permitido anexionar numerosos territorios y formar un conglomerado tan vasto que, en buena medida, las tensiones internacionales en Europa asumían la forma de problemas jurídicos internos; recíprocamente, todo conflicto surgido en esos territorios tenía sus consecuencias sobre el propio suelo de la península. Para desgracia de la Monarquía, en la época en que sus tentáculos se extendían aún por todas las tierras del globo, viejas y nuevas, sus enemigos más peligrosos se infiltran hasta el seno del solar ibérico, y no como consecuencia de acciones violentas desde el exterior, sino en respuesta a las demandas de sus propios habitantes.



## **El fracaso de la empresa europea como origen del “problema español”**

La monarquía católica se presentaba, por tanto, como una gigantesca maquinaria supranacional, un formidable aparato político y militar. Pero su funcionamiento estaba internamente lastrado: dependía de las múltiples piezas del engranaje, y las dificultades que planteaba el ajuste de todas ellas comprometían continuamente el conjunto. La pérdida de una pieza esencial del complicado tablero español podría echar a perder la totalidad de la maquinaria. Por esta razón, señala Díez del Corral, Richelieu no dudó en atacar a su poderoso enemigo en su talón de Aquiles logístico, la vía que enlaza Italia y Flandes y, precisamente, en unos momentos cruciales, los años de malos funcionamiento de la flota que transportaba los metales preciosos de América.

La respuesta será la de tratar de crear, a semejanza de lo que estaba ocurriendo en otros países europeos, un estado de dimensiones más reducidas, pero más identificado con un cuerpo nacional cohesionado. La gran monarquía católica que había servido de modelo por su organización burocrática, su táctica militar, la disciplina de sus súbditos y la modernidad de sus métodos y sus recursos políticos, no se adaptaba bien, por su complejidad, a las condiciones del siglo XVII. El problema fue que, en lugar de una reflexión auténtica, el país fue inundado por una ola de moralismo. El Conde-Duque de Olivares intentó enderezar la monarquía por medio de una mayor homogeneidad y centralización de su aparato político y administrativo, sin reformar, no obstante, el enorme cuerpo del imperio, es decir, reducir el conglomerado político supranacional a una nueva unidad estatal, pero sin pretender con ello otra cosa que servir mejor a las viejas aspiraciones imperiales.

Esta empresa, demasiado ambiciosa, ese esfuerzo excesivo, concebida a contracorriente de las leyes históricas y de los intereses nacionales, se saldaría con un resonante fracaso. Este no se limitó a los territorios de la Monarquía situados más allá de los Pirineos, sino que alcanzó al propio territorio ibérico. La rebelión de los reinos peninsulares contra los intentos de centralización, dejan al descubierto la fragilidad de las estructuras internas de esta grandiosa organización política y demuestran que el complejo supranacional se apoyaba, efectivamente, sobre una endeble base nacional. Las guerras que culminan en la Paz de Westfalia (1648) dan lugar al rapto violento, insensato, al despojo de España que se convertirá en *“la cantera de donde Holanda, Francia e Inglaterra extraigan los materiales para construir sus imperios”*.

España pasa entonces, indica Díez del Corral, por una experiencia histórica impresionante. Un brusco colapso político reduce a ruinas la estructura más vasta y más sólida que había conocido la historia, sin respetar siquiera el mismo corazón del Imperio. Los hombres de la generación de 1635 —a la cabeza de los cuales se hallaba Saavedra Fajardo— han dejado conmovedoras reflexiones sobre la experiencia de la que eran testigos. Bajo su patetismo barroco se revelan a la vez la nobleza de su espíritu y su falta de comprensión: los españoles de mediados del siglo XVII no llegaron a sacar de su historia las lecciones que se imponía extraer. Cabe preguntarse si tal cosa estaba realmente a su alcance. El fracaso del Conde-Duque pone de manifiesto la dificultad de adaptar el cuerpo multiforme de la Monarquía a las nuevas exigencias de una política marcada ya por la impronta del Estado moderno. Pese a tanto esfuerzo y tanta labor inteligente y bien coordinada que derrocharon los dirigentes españoles de esta época, no tuvieron el valor necesario para proceder a una amputación que sólo dejara subsistir un tronco nacional armónico y viable de una monarquía hispánica a la que se le estaba pasando su ciclo histórico.

Surge entonces el *“problema español”*, cuando fracasada la empresa europea de España, se vio esta reducida al cuerpo nacional como los demás países europeos, al que sentía, *“a pesar de las inmensas colonias como muñón, más que como cuerpo entero”*. La guerra de Sucesión pondrá al descubierto una vez más las profundas fisuras del tronco peninsular, heredadas del pasado medieval y que la expansión exterior no había hecho más que encubrir superficialmente. Con el estado monárquico decapitado, los ejércitos dispersos, los mecanismos administrativos desarticulados y el orden social dislocado, la sociedad española disuelve sus viejas estructuras en busca de una nueva tarea común. Fue un tránsito duro y trágico, ya que al estar el sistema anterior profundamente arraigado, transcurrió con lentitud.

La nueva dinastía borbónica se esforzará en poner manos a la obra edificando un sistema político unitario, al estilo francés; y en esto, como en tantos otros campos de la vida española, alcanzarán logros considerables. El mismo Montesquieu tiene una visión positiva del papel que España desempeña dentro del equilibrio europeo gracia a sus riquezas naturales y a las ventajas militares que le proporciona su envidiable posición estratégica. Si se desprende de la carga de las Indias y se libera del señuelo de las falsas riquezas que siguen llegando de las minas americanas, España puede jugar un primer papel de nación rica y poderosa, lejos del alcance de sus enemigos en esa Europa que es una *“nación com-*

*puesta de varias*". Sería la forma en que la monarquía de España se convirtiese en la monarquía española, basada en un sentido de identificación natural.

### **La construcción de España: entre un orden de libertad y un orden de seguridad**

Pero la imagen clásica de la monarquía católica todavía seguía vigente y poderosa a principios del siglo XIX, como recogen las páginas dedicadas a su descripción que nos traza de la América española Alejandro Von Humboldt. Al igual que tres siglos atrás, España, gracias a las tierras que conserva en ultramar, sigue fiel a una estructura política extrovertida, antinacionalista y universal. España sigue siendo la nación a la que en opinión de Montesquieu *"hay que dejar marchar muy lejos para derribar montañas terribles; dejémosle ese trabajo de esclavos; que ella sacrifique la vida y la salud de una gran parte de sus súbditos"*.

Este sacrificio extremo llevará consigo el fin del sueño de aquella monarquía hispánica llena de ambiciones universalistas pero también objeto apetecible de las astucias ardientes y de los intereses ajenos. La enorme sacudida que implicó la Guerra de la Independencia intentará "nacionalizar" la monarquía dándole un asiento popular de acuerdo con los nuevos principios del derecho constitucional revolucionario. Es esta para Díez del Corral, una guerra pintoresca y sublime, insensata y heroica en la que —como afirmase Donoso Cortés— *"toda la nación era pueblo"* y donde *"no había un solo español que se creyera pequeño y en donde el límite de la altura era el alcance de la espada"*. Será la memoria de la Guerra de la Independencia, *"experiencia gloriosa y anárquica"*, la imagen persistente, colorista y espontánea del alzamiento de 1808, *"aquellos tiempos en que el servicio a la Patria consistía en el más extremado valor particular"*, la que sistemáticamente invocarán los progresistas españoles cuando se trate de poner cortapisas a un derecho individual.

Desafortunadamente, lo hecho por los regentes durante la misma, indica Díez del Corral, resultó lamentable; lo llevado a cabo por las minorías rectoras, utópico e ineficaz, y caótico lo que el pueblo español pudo realizar. La misma institución monárquica, cuya identidad no se había puesto en duda mientras regía tantas tierras dispersas sobre el planeta, cuando quedó reducida a las de la península —dos lustros después de la bata-

Illa de Ayacucho— entró en crisis por rivalidades entre criterios dinásticos e ideológicos, y la guerra mantenida hasta entonces lejos de las fronteras, se interiorizaría en lo sucesivo, desgarrando la vida del país que más paz interior había gozado en las tres centurias anteriores entre los europeos.

En la guerra de la Independencia se disolverá el Estado español en un fenómeno sin parangón con lo ocurrido en otros países debido no solo a la impericia de los gobernantes y a la incapacidad de las clases directoras sino sobre todo a la propia debilidad sustancial de la construcción estatal. La guerra y el valor derrochado por el pueblo producirán un aislamiento político sin precedentes. Esto junto a la exacerbación de los nuevos conceptos políticos son para Díez del Corral la razón de tantas de las desgracias que se abatirán en lo sucesivo sobre el solar hispano. El fracaso del modelo de monarquía hispánica dejará a la nación desnuda de organización estatal y en un estado *“auténticamente natural”* en el que el valor individual lo será todo y los derechos naturales adquirirán un valor absoluto.

De esta manera, a través de la forma sutil de las ideas y más cruenta de las convulsiones que producen los ejércitos, los elementos extraños extranjeros se insertan en la vida nacional, apartando definitivamente las aspiraciones de la gran empresa española de la monarquía católica. La guerra de la Independencia significará, por lo tanto, un punto de inflexión, una fuerte sacudida que conmoverá a España y hará que las nuevas ideas penetren hasta el corazón mismo del cuerpo nacional y de la vida española. *“El dos de mayo es, en todos los sentidos —escribiría Unamuno— la fecha simbólica de nuestra regeneración”*.

En lo sucesivo el país se debatirá en una especie de *“ley de doble fresas”*, que oscilará entre las ansias de total libertad, representado por un liberalismo absoluto y utópico, y la necesidad de seguridad individual y nacional que inclinará frecuentemente al país hacia un modelo clásico de restauración rigurosa y cerrada. El antagonismo práctico entre ambos conceptos —libertad y seguridad— llevará a la búsqueda, —a partir de Fernando VII— de una vía media que consiga estabilizar al país a través de la realización de determinadas reformas. La Constitución de 1845, que responde a la idea política doctrinaria de adecuar la posición especial de la Monarquía española y de las Cortes a la estructura social del país y a su honda raigambre católica, constituye para Díez del Corral la aportación más original de España a la historia de las formas constitucionales, a la vez que la concede unos años de descanso y cierta prosperidad.

Aunque gravemente atacados y mal defendidos, estos principios subsistirán más o menos latentes durante todo el tiempo que dure el modelo político que trabajosamente diseñará en el último cuarto del siglo XIX Cánovas del Castillo. A pesar de todas las desgracias y conflictos que atravesará España durante las primeras décadas del siglo siguiente la influencia sutil y benéfica del modelo moderador doctrinario que tanto apreciara Díez del Corral se dejará sentir todavía en la época tardía en la que el escribe.

## UNA REFLEXION FINAL SOBRE LA PAZ

Acaso las ideas más completas y las reflexiones más profundas que hace Díez del Corral sobre los conceptos de la paz y la guerra en la época de Guerra Fría que le tocó vivir, estén recogidas en la correspondencia que mantuvo con el japonés Sr. Shigetaka Suzuki, publicada en la Revista de Occidente en 1965. En la misma reconoce que la guerra se ha convertido en esos tiempos en un mal ingente y, por tanto, merecedor de condena. En la época nuclear, la capacidad de destrucción que posee el ser humano, hace que aquella se presente como una nueva etapa absoluta, sin parangón anterior en la historia porque, por vez primera, el propio ser humano es capaz de poner en juego la existencia misma de la especie humana sobre el planeta. Desde esta perspectiva, la guerra se ha convertido en un mal absoluto, injustificable para alcanzar cualquier objetivo, por necesario que este sea.

Ahora bien para llegar a esta conclusión tan rotunda, a esta sentencia definitiva contra la guerra, es preciso para Díez del Corral someterla a un proceso de análisis riguroso, objetivo e imparcial. Para ello, hay que partir de la premisa de que, junto a la guerra nuclear, existen otras formas más usuales de belicismo a las cuales una condena demasiado ciega y moralista, no hacen sino beneficiarlas. El estudio analítico del desarrollo de la historia occidental —no olvidemos que Díez del Corral es ante todo un historiador— indica el sonido constante en la misma del *“clarín de guerra”*. La guerra impregna inevitablemente todos los productos de la civilización europea e incluso la propia geografía física y humana del continente. La propia filosofía moderna fue fundada por Descartes mientras servía como oficial voluntario en una de las guerras más devastadoras del continente, la conocida como Guerra de los Treinta Años. En este sentido, Díez del Corral se ve obligado como europeo a advertir al lector de otros pueblos que no se hayan percatado de ello en su afán apropiador de los produc-

tos culturales procedentes de Europa, de que estos en su mayor parte, llevan gérmenes de belicismo. Estos son capaces de desarrollarse con especial facilidad en climas diferentes, *“como esos arbustos de la zona templada que al ser transplantados al trópico se convierten en árboles gigantescos”*.

Lo mismo ocurre con las propias ideologías políticas de corte europeo. Tanto el socialismo marxista o de otro cuño como el nacionalismo, o incluso la democracia liberal, pese a su benigna apariencia humanista, llevan *“gérmenes belicosos”*, desde que fueran en sus orígenes formuladas como tales por los pensadores que las definieron. La razón de este fenómeno la encuentra Díez del Corral en la alta cotización que desde la antigüedad ha tenido el guerrero en occidente muy superior a la de otras civilizaciones como la India o China. Solo Japón como excepción resiste un análisis semejante, si bien con la diferencia fundamental de que este país en la época Tokogawa creó un estado absoluto *“para imponer una paz imperturbable”*, mientras que los estados absolutos que se formaban al mismo tiempo en Europa, acabaron con las contiendas civiles para poder dedicarse con mayor empeño a las internacionales.

En este sentido, reproduce Díez del Corral las tesis de Meinecke sobre la razón de estado como motor decisivo, no solo para la organización política de la Europa moderna, sino de toda su cultura. La guerra se presenta, no como un mal indeseable, como una lacra que se adhiere a la cultura, sino más bien como un elemento constitutivo eficiente de la misma. La guerra no es connatural al ser humano, los animales la desconocen, sino que ha sido inventada como una institución humana tan necesaria como la ciencia o a la administración. Por eso no basta con extirparla, tal y como proponen los movimientos pacifistas, que la consideran *“una excrecencia superflua y morbosa aparecida en el trato humano”*; es necesario sustituirla por algo distinto. Pero como la guerra supone un enorme esfuerzo, solo puede evitarse si se entiende por paz un esfuerzo todavía mayor o, más bien, un sistema de complicados esfuerzos que requieren necesariamente la intervención del genio humano.

La paz verdadera, por tanto, resulta muy difícil de conseguir y mucho más de conservar. Es cierto que los belicosos pueblos europeos decimonónicos casi estuvieron a punto de lograrla durante la mayor parte del siglo, pero ello fue posible no tanto por el ejercicio de una contención autoimpuesta, sino por todo lo contrario; porque se dedicaron con entusiasmo a una transformación dinámica del mundo en el que vivían. El mili-

tar fue sustituido en esta época por el ingeniero y el esfuerzo que se consumía en los campos de batalla se dirigió más productivamente hacia la revolución industrial. El europeo de entonces se apercibió de que el empleo de la tecnología permitía de una manera creciente, aumentar de nivel. De ahí que el uso de la violencia, se administrase con una cautela que procedía de un fondo de sabiduría sobre lo incierto de sus consecuencias. Este fenómeno se vio ciertamente favorecido por el hecho de que el mundo entero se encontraba en buena medida a disposición de la explotación europea.

Aunque este fue un factor decisivo para explicar el prolongado periodo de paz que, en términos relativos, gozó el mundo durante mucho tiempo, no fue suficiente para dar a la paz un carácter estable, permanente. Cierto es que, entre las dos guerras mundiales, el mundo siguió estando al servicio de los europeos, pero estos no fueron capaces de restablecer el clima del siglo anterior. La razón la encuentra Díez del Corral en la falta de ingenieros y científicos necesarios para seguir alimentando desde Europa el motor de progreso de la revolución industrial, a lo que hay que añadir la escasez de talento de los diplomáticos que hicieron el Tratado de Versalles y de prudencia de los políticos de esos tiempos demasiado belicosos o demasiado pacifistas.

En la época de la segunda revolución industrial que le tocó vivir, Díez del Corral parece descubrir algunos indicios de que se buscaba restaurar el buen sentido de equilibrio estable que predominó en el siglo XIX al comprobar el ser humano que el sueño del *Lebensraum*, de la “*expansión vital*” puede realizarse en el seno de la propia sociedad. En esta correcta dirección apunta el hecho de que los países que tradicionalmente se han mostrado más aficionados al ejercicio de la guerra, resulten después de la última conflagración “*los más fecundos en el arte de la paz*”. Ello constituye para Díez del Corral un motivo de esperanza, de satisfacción dada la dificultad de desviar en ellos los esfuerzos, que en el nuevo entorno se han ido encaminando hacia la transformación pacífica de su propia sociedad. Es mucho más fácil dirigir los esfuerzos de la sociedad hacia la guerra, en aquellos países donde “*todo está por hacer*” y se dispone de cuantiosos recursos naturales y humanos.

De ahí que sea precisamente en muchos de estos últimos pueblos donde se ha intentado realizar la utopía de crear un paraíso, “*un reino de Dios en la tierra*”, contradiciendo los más firmes principios de sus propias tradiciones culturales. Los supuestos más radicales de la tradición judeo-

cristiana que tan decisivos resultaron para el desarrollo del mundo europeo, han sido transplantados a los países más lejanos y más insospechados del planeta, *“que se muestran ansiosos de proyectar no solo su propia transformación social, sino también, el desencadenamiento de un expiatorio Apocalipsis planetario”*. Cabe la esperanza, indica Díez del Corral, de que se traten simplemente de fenómenos transitorios de juventud o de conversión y que los esfuerzos que realizan terminen encauzándose a través de una evolución progresiva.

En la época actual, ello resulta absolutamente necesario porque, bajo la amenaza de las armas nucleares, ha aparecido por vez primera en la historia, la capacidad de destrucción absoluta. En este sentido, la conservación de la paz y la necesidad de fundamentar el orden internacional sobre la base del compromiso resultan, en esa época en mayor medida que en el pasado, la misma cosa. El problema de la paz se limita en las circunstancias de la Guerra Fría a la perpetuación del *status quo* entre las grandes potencias. Mantener el precario *modus vivendi* entre estas *“supernaciones”* sobre la base de abstenciones, de renunciaciones parciales en el logro de sus objetivos ya supone un gran éxito. Pero la cuestión estriba para Díez del Corral en saber si un *status quo* fundado en negatividades no terminará acabando *“en una serie de rígidas barreras que ahoguen el impulso incoercible del desarrollo humano”*. Si ello ocurriera, las *“poderosas fuerzas que lo empujan”* saltarían por encima de los obstáculos, aunque las consecuencias resultasen suicidas.

No quisiéramos terminar este trabajo sin indicar que Díez del Corral contempla algunas razones para el optimismo en sus escritos fundamentadas en las enormes perspectivas de transformación que la ciencia y la técnica ofrecen al hombre de todas las latitudes. Pero para que estas sean provechosamente utilizadas es preciso, por encima de las revoluciones sociales o nacionales, auténticas revoluciones personales del alma humana que le abran las vías hacia una transcendencia purificada de todo anhelo de instaurar un paraíso divino sobre la tierra. Ello no impide que deje Díez del Corral de promover una auténtica caridad en favor de quienes no han conseguido alcanzar el paraíso técnico que la sociedad industrial procura. Pero es muy posible que solo cuando se relativice la imagen del paraíso terrestre, deje el hombre de pensar en términos ideológicos revolucionarios y se muestre más realista y más humano, incluso más confiado en la persistencia de una paz que el desarrollo de los acontecimientos históricos habrá hecho más segura, al mismo tiempo que más vulnerable.